

La Euskalherria hija del “Ché” Guevara

LOYOLA DE PALACIO *

Dicen que el final de ETA está próximo. El final de ese enfrentamiento entre vascos que divide familias, amigos, vecinos entre sí y con el resto de los españoles, donde unos asesinan y otros son asesinados; de esa ETA que nace como hija descarriada del PNV, formada por los hijos del nacionalismo, que encontraban a sus padres poco activos contra Franco. De esa ETA que se amamanta en conventos del País Vasco en los 60 y 70, cuando algún jesuita insigne, hoy honorable funcionario nacionalista, conducía a las almas jóvenes llenas de fuerza y rebeldía por los caminos lineales y omniexplicativos de la bomba y la lucha armada, como razón última para acabar con el franquismo, un régimen que se justificaba con un 9 y 10% de crecimiento económico sostenido, un acuerdo preferencial con el Mercado Común y el turismo.

Esa ETA (con algunos frailes y curas de nuestras iglesias, incluidos) que, muerto Franco (en su cama), y felizmente retornada la democracia, se benefició de una amnistía que borraba todas las barbaridades anteriores, entonces lejos de integrarse en la vida de partidos y participar en la lucha política a través de los cauces legales, con los fueros recobrados para las tres provincias primero, y una autonomía máxima para el País Vasco después, aprovecha la nueva situación para llevar a cabo sus carnicerías más sanguinarias y sus torturas más brutales, es que olvidamos a Javier Ibarra, o al nacionalista moderado Berazadi, torturados de manera inmisericorde. Es la ETA, la misma, que asesina a Chus Velasco delante de sus hijos a los que acompañaba al colegio, o de la matanza indiscriminada de Hipercor. Esa ETA que encontró fuerza y justificación en la guerra sucia cuando se pretendió buscar atajos con los GAL, y que en los últimos años se ha visto abandonada por cualquier tipo de justificación o aureola en el exterior ante el funcionamiento

* Presidenta del Consejo de Política Exterior del Partido Popular

implacable del Estado de Derecho, de los sistemas de defensa de la democracia.

Es decir, sólo la Ley, las Fuerzas de Seguridad del Estado y los tribunales —la razón frente a la barbarie—. Una organización que firma su carta de desahucio con el secuestro siniestro de Ortega Lara, y con el vil asesinato de Miguel Ángel Blanco.

Pero esa ETA no es algo ni coherente ni inmutable a lo largo de su Historia, donde el terror ha sido utilizado, como en toda organización terrorista-mafiosa, también para garantizar la cohesión interna, y si no que se lo pregunten a los familiares y amigos de Pertur o de Yoyes —asesinados cruelmente por osar denunciar la locura y la sinrazón de continuar por el camino del tiro en la nuca y la goma 2—, o a Soares Gamboa, o aquellos otros que todavía tienen la suerte de poder hablar a pesar de sus denuncias.

En sus orígenes, los militantes rezumaban formación —deformación— política, donde la ideología marxista y la vanguardia revolucionaria se mezclaban con su antítesis del sentimiento malherido de nuestra tierra, de nuestros valles, de nuestras costumbres, de nuestra patria chica erigida en bien supremo por el cual morir y matar. Porque la realidad hoy es muy otra; la organización hoy, más que un grupo revolucionario, es una mafia de pistoleros que viven de la exacción del impuesto revolucionario y de gestores del capital acumulado, suministrando los muertos y el dolor que otros han negociado hábilmente en competencias, transferencias, empresas públicas y cupos. Un capital que para poder ser exigido, reclama antes que nada la legitimación de su acción y la liberación de sus ejecutores, pero además, tanto más obtendrán en honores, cargos e indemnizaciones, cuando su coartada última, la independencia del País Vasco, se aproxime.

Hay muchos de los llamados “viejos” de la organización que desde hace tiempo se han desenganchado, decepcionados, asqueados o simplemente cansados de tanta atrocidad que no encuentra justificación alguna. Algunos mantienen sus anhelos independentistas, pero desde hace tiempo desprecian a los actuales por su vaciedad ideológica, su crueldad innecesaria y porque han visto como algunos tienen hoy unos bellísimos caseríos rodeados de verdes praderas y disfrutan de todo lujo y confort, mientras ellos, habiendo cumplido años de cárcel, o perdido algún amigo o familiar, no tienen nada.

En esta situación de descrédito, hastío, desengaño y cansancio, en las listas de ETA y su entorno urge por parte no ya de ETA, sino del nacionalismo, una solución rápida, que maximice los beneficios del llamado “conflicto”. Esto lo vio Arzalluz cuando, tras la reacción ciudadana ante el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, impulsó el pacto de Estella y la tregua planteada al Gobierno de Aznar, que era una trampa, tanto en cuanto el precio político era inaceptable y los terroristas se reorganizaron mientras se hablaba.

Ahora se vuelve a intentar, sólo que el actual presidente, deslumbrado por la oportunidad o llevado por no se sabe qué compromisos, parece dispuesto a ir

adelante siguiendo su máxima política: el “como sea”. Y esto lo han apreciado no sólo los terroristas, sino todo el conglomerado de intereses diversos que actúan sindicadamente en esta negociación y que les hace pensar que Rodríguez Zapatero pagará lo que sea y como sea.

Ante esta situación, los únicos frenos son la Justicia, poder independiente todavía del Gobierno, y los españoles, que con su oposición pueden frenar el entreguismo y relativismo de ciertos sectores. Porque nos guste o no, aquí habrá, pase lo que pase, vencedores y vencidos. Sólo que cuando estaba claro el triunfo de la razón, la actuación socialista pone en duda la partida.

Yo apuesto porque venza la Ley y el Estado de Derecho, la dignidad y civismo democrático de las víctimas que no se han tomado la venganza por su mano, la libertad de todos los ciudadanos del País Vasco, la paz basada en la justicia y la Ley, que es la única compatible con la libertad y no en el señoreo del terror; la reinserción de los terroristas, incluidos los asesinos que hayan saldado sus cuentas, pero no la humillación a la víctima.

Por desgracia, el eufemismo de que no hay vencedores ni vencidos significa convertir al País Vasco en una gran Azcoitia donde la víctima ve como el asesino se va a instalar, para más inri, en los bajos de su casa, y cuando angustiada protesta, el Ayuntamiento nacionalista saca una moción, no para apoyarla sino para respaldar al verdugo de su marido, y se organiza una manifestación de apoyo, no a su reinserción, que nadie discute, sino a la negación del mínimo respeto a la víctima, cuyo dolor y dignidad son un obstáculo para la operación de travestismo que se pretende: los terroristas no son tales, sino patriotas, luchadores por la libertad. Los asesinados, torturados, mutilados o las angustias y la destrucción eran pequeños peajes que hay que superar, olvidar. En fórmula obscena de Egibar en el Parlamento Vasco: “ETA es una organización política que hace uso de las técnicas modernas de lucha de minorías contra mayorías, que son técnicas terroristas”, y los muertos son daños colaterales.

En esta negociación está en juego España tal y como la hemos entendido a lo largo de los últimos 500 años, a pesar de sus modificaciones y evoluciones. Pero además está en juego el porvenir la dignidad y la libertad de la sociedad, de los ciudadanos de España, pero del País Vasco en primer lugar. Porque lo que se vislumbra en el horizonte es una Euskalherria hija ideológica del “Ché” Guevara, basta repasar sus discursos y escritos para comprobarlo.

No creo que lo importante sea el que haya vencedores y vencidos individuales. Existe una única respuesta para evitarlo, máxime cuando se es cristiano, y crees en el perdón y la reconciliación. Pero eso reclama el rechazo frontal del asesinato, el terror y la violencia, y la mirada crítica del pasado, es decir, el arrepentimiento.

Porque donde sí tiene que haber vencedores y vencidos es en el terreno de los principios, el pretender evitarlo es equivalente a decir que no existe el bien y el mal, que todo es relativo, coyuntural, que las víctimas son un estorbo y la Ley también, es equivalente, en suma, al envilecimiento de la sociedad.

Publicado en El Mundo, el sábado 8 de julio de 2006.